



PRECIO PARA LA VENTA

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

NÚMEROS ATRASADOS

25 números ordinarios. Plas. 2,50
25 » extraordinarios. » 5

MADRID: trimestre. Plas. 2,50
PROVINCIAS: » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

Ordinario... Plas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO)

(CONCLUSIÓN)

CUANDO en 1853 tomó el Tato la alternativa, acababa de morir el Chiclanero, dejando el cetro de la tauromaquia á Cúchares. Al lado de éste aparecían en primera línea Manuel Domínguez, recién vuelto de América y Cayetano Sanz; y en una gran penumbra, Julián Casas, el Salamanquino.

Ninguno de ellos tenía mucha edad; el más viejo, Domínguez, contaba treinta y siete años; el Curro y el Salamanquino, treinta y cinco; Cayetano, treinta y tres. Sin embargo, hallábanse los cuatro, quién más quién menos, en esa época en que los toreros han dado de sí cuanto tienen, y caminan rápidamente hacia el ocaso de la profesión.

Cúchares, lidiador colosal, libre ya de la sombra de José Redondo, había convertido el último tercio en suerte de ventaja, en que la astucia imperaba en absoluto y había desaparecido el valor.

Manuel Domínguez, pesado de movimientos, agostado prematuramente por la larga y penosa serie de vicisitudes sufridas, se había abroquelado en la suerte de recibir, que constituyó siempre su especialidad, y ejecutaba admirablemente de vez en cuando.

Cayetano, que llevaba cinco años toreando desde que, tardíamente, á los veintiocho de edad, se hiciera matador, presentaba siempre las incertidumbres calificadas de *aprensión*, que le acometían á la hora de meter el brazo; pero su admirable toreo con el capote y su incomparable maestría en el manejo de la muleta, no admitían rival.

De Julián Casas hay que hacer caso omiso, porque el torero salamanquino era tan presuntuoso como nulo, y no podía hacer sombra á nadie.

De todas suertes, con sus buenas cualidades y sus defectos, todos ellos estaban ya machuchos, cansados y en situación, como he indicado antes, de aspirar al retiro; así es que la fiesta nacional, á la cual tanto brillo habían comunicado Francisco Montes y José Redondo, hallábase en plena reacción después de la muerte de aquellas lumbreras.

La aparición del Tato fué, por lo tanto, muy parecida á la de Guerrita entre Lagartijo y Frascuelo: un foco potente de luz.

La figura y la juventud del flamante espada, formaban visible contraste con el aspecto del Curro, á quien las fatigas del oficio, el desmadejamiento de la persona y la sorna deliciosa de su semblante, daban aires de sátiro jubilado, y con el estiramiento crónico de Cayetano Sanz, patillado, grave, imponente, como un Metetrich de coleta y traje corto.

El Tato tenía una fisonomía sonrosada y picaresca; una cabeza de *gambóche*, en la cual jugueteaban graciosamente multitud de ricitos pendencieros; unos ojos negros, muy rasgados, que miraban con dulzura y se entornaban muchas veces, entre burlones y modestos, y una sonrisa estereotipada en los labios, atractiva y sumamente simpática, como la de Francisco Calderón.

No era guapo. La nariz, algo remangada y grande, y la boca, grande también y con el labio inferior grueso y colgante, rompían la armonía general; pero había tanta gracia en la persona — no la incomparable dejadez que hacía de Lagartijo un tipo único de elegancia y de distinción, sino cierta coquetería femenina, provocativa y humilde al propio tiempo; — de

tal modo brillaban en la cara del Tato el garbo y la modestia á la vez, que el mozo se llevó de calle á todos los públicos, en cuanto advirtieron que entraba á matar de verdad.

Ahi estuvo su triunfo. Galleaba con primor admirable, y había en su modo de atender á los diversos lances de la lidia en general, el bullicioso atractivo de los pocos años; pero sosos y atropellado con la muleta, que jamás manejó con brillantez ni con eficacia, y muy inclinado á hacer mucho por los toros cuando alguien le pisaba los talones. el volapié lo salvó, y fué la única suerte á que debió su fama el malogrado espada sevillano.

No se vaya á creer por esto que lograba los toros, ni mucho menos, á las primeras de cambio. Pinchaba como todo hijo de vecino, empleaba el metisaca con oportunidad muy discutible, y más de un toro lo trajo de cabeza y le hizo perder los papeles por completo.

Pero cuando, confiado, entraba á matar con su airosa patadita, su sonrisa eterna y la sal que derramaba su cuerpo, había en el Tato un garbo y una valentía á la vez, un arrojo y una elegancia, que despertaban simpatía y provocaban la admiración general.

Sabía que sus piernas distaban bastante de tener la ligereza indispensable para salir desahogadamente de la suerte, lo cual no le impedía entrar con vergüenza torera, y despreciando todo peligro, entregarse á los toros y sufrir repetidos achuchones, palos, heridas y desperfectos en la ropa.

Las más de las veces, los toros se embebían en la estocada, y salían casi siempre rebozados con el matador.

¡Dios nos ampare! Si los modernos revisteros, los que han llenado la moderna ciencia tauromáquica de ridículos tiquismiquis, hubiesen juzgado los famosos volapiés del Tato, ¡cuántas, pero cuántas veces pusieran reparos al mérito del matador, diciéndole que *salía por la cara!*...

Afortunadamente, esas y muchas tonterías más que hoy sirven á pasto los pedagogos del día, lo mismo los de la clase de doctos de nuevo cuño que los que pertenecen á la cofradía de los chirigoteros, no existían entonces, ni desvirtuaban las faenas de ningún matador. ¿A qué extenderme en consideraciones de esta índole, si el documento que voy á escribir ahora me da el trabajo hecho?

Léanlo, léanlo con detención los aficionados de todo linaje, sensatos é insensatos, y verán que no soy yo solo quien ha calificado de suerte de *sorpresa* el volapié, y erigido en axioma el principio de que, para verificar la suerte con todas las reglas del arte, hay que salir de ella con toda la ligereza posible.

Se trata de una carta escrita por el actual Duque de Veragua, al conocido aficionado D. José Pérez de Guzmán, hoy difunto, autor del opúsculo *Toreros cordobeses*, carta que el Duque le dirigió á propósito de la última cogida del Tato.

Dicha carta, propiedad de Carmena, me ha sido facilitada por mi querido amigo, y voy á reproducirla íntegra. Dice así:

«Sr. D. José Pérez de Guzmán.

Madrid 1.º de Julio de 1869.

«QUERIDO AMIGO: Mucho he agradecido el recuerdo de amistad enviándome el grupo que contenía su grata del 23 pasado. La cuadrilla me parece corresponde en su apariencia al justo crédito de que goza. Únicamente sería de

desear llenara el banderillero un poco de las taleguillas sobranter.

»Con mucho gusto reuniré para enviar á usted cuanto se publique con motivo de la cogida del Tato. Hasta ahora sólo tengo noticia de la adjunta hoja suelta, escrita muy en tonito, según verá. He encargado á Carmona me envíe lo que él conozca acerca del particular; no hago mérito de lo publicado por el antiguo *Enano*, pues no dudo en considerar á usted como suscriptor; y por cierto que como detalles y escriptulosidad en reunir partes facultativos, no puede mejorarse.

»En cuanto al juicio y observaciones que á un aficionado debe sugerir la cogida, crea usted que no ha habido más que lo siguiente: el toro era muy noble, estaba menos aburrido de lo que generalmente llegan á la muerte los toros del Colmenar, y nada tenía que inspirase cuidado, pues su condición de blando alejaba aún más todo peligro.

»El pobre Tato lo había toreado sin ninguna dificultad á pesar de su poca defensa; y habiéndole cogido los huesos dos veces, quiso asegurarlo con uno de esos volapiés que le valían tantos aplausos, y que ponían siempre á riesgo su vida. En aquella ocasión no intervino el primer elemento que le salvaba y era el dolor de la estocada; pues resultó un poco al lado contrario y fuera de la cavidad.

»El motivo de estar la estocada ida, fué haber hecho el toro un poco más de lo que el matador creía, á consecuencia de la colocación del toril, arrancando en suerte natural.

»También estuvo demasiado tiempo delante de la cabeza, cosa hoy muy frecuente en los matadores actuales, y que desvirtúa el principal efecto de los volapiés, verdaderas sorpresas, y como tales, recursos grandes para toros tunantes. Lo que no advertí fué tener el toro la cabeza baja.

»En fin, fué una desgracia imprevista por haber corrido el mismo Tato riesgo; mucho mayores sin que le engancharan los toros. Además, creo que la cornada, bien cuidada desde un principio, no hubiese tenido consecuencias tan lamentables.

»Hemos perdido al único matador de vergüenza, pues los otros consienten que se les echen vivos los toros, sin apelar al recurso de la puntilla. En punto á destreza, todos son iguales.

»Se ha hecho una litografía del lance, pero no tiene nada que merezca atención; sin embargo, la enviaré á usted cuando haya oportunidad, pues es muy grande para ir por el correo.

»Tuve mucho gusto en leer sus artículos publicados por el *Enano* con motivo de la obra de tauromaquia

»Todos los amigos me encargan afectuosos recuerdos para usted, de quien se repite suyo verdadero amigo. — *El D. de Veragua.*»

No necesito encarecer la importancia de este documento, ni quiero ponerme moños; pero séame permitida la satisfacción de que persona de la inteligencia, de la autoridad y del prestigio del primer ganadero de España opinara en 1869 lo mismo que siempre he opinado, acerca de una suerte, de la cual he sentado como principio, que «es suerte por sorpresa, ó deja de ser volapié».

La causa de las cogidas del Tato fué el detenerse en la cabeza; es decir, carecer de la ligereza de pies indispensable para consumir el volapié según el arte manda.

Esto he defendido siempre, y de ello hablé extensamente en mi libro *Guerrita*, censurando á los que ridiculizaban al gran maestro cordobés, porque ejecuta la suerte de Costillares, con estricta sujeción á los preceptos del arte de lidiar.

El juicio del Sr. Duque de Veragua viene, tan grata como inesperadamente, á robustecer mi opinión y á



consolarme de las críticas más ó menos acerbas que se me han dirigido por los que van á las corridas de toros como á una feria, y hablan en estilo de feria de las suertes de torear.

El Tato cayó al fin, porque entre los muchos cuernos que le habían hurgado el cuerpo y lastimado, sin causarle daño mayor, hubo uno más certero que los demás, y le firmó el pasaporte.

Entraba con vergüenza, ciego, con ardimiento sin igual, y salía de mala manera en cuanto los toros, al sentir el dolor de la estocada, lejos de afligirse, arrancaban con coraje y hacían de más.

Lo embrocaban, porque le faltaba la ligereza de pies indispensable para calcular lo aplomado del toro, y saber previamente la rapidez que era necesaria para entrar y salir; sobre todo para salir, librando el hazazo.

No hay que buscar en otra parte la causa de su última cogida. Dice el Duque de Veragua, que no advirtió que *Peregrino* tuviese baja la cabeza. Ni yo tampoco lo advertí, ni nadie más que los que buscan siempre en fantásticas intercepciones de los toros lo que debe achacarse, la mayor parte de las veces, á la temeridad, á la imprevisión, ó á la torpeza de los toreros.

Si el Tato no hubiese sobrevivido á la desgracia del 7 de Junio de 1869; si, como el Espartero, hubiese quedado en el campo del honor, la aureola que rodea su nombre fuera más brillante de seguro; pero quedó con vida y vegetó, inválido del arte, hasta que Lagartijo y Frascuelo inauguraron la gloriosa era que había de sepultar á tantos en el olvido general.

Las almas sensibles, los románticos descabellados que, como sauces llorones surgen al borde de la tumba de toda celebridad, cantaron en modo menor la muerte de Antonio Sánchez.

Todos lo habían visto en Sevilla, sombrío y macilento, renegando del hado fatal que no lo dejó exánime á los pies de *Peregrino*.

Hubo un sauce que vió al Tato «entre la visualidad sanguinolenta» (!!) del Matadero, y lo contempló «triste, enfermo, abatido, y hasta sucio y andrajoso.»

— ¡Si *Peregrino* me hubiese dejado en la Plaza!... — le dijo el Tato.

Y el sauce terminaba así su espeluznante marcha fúnebre:

«La contestación era «definitiva». Aquel hombre se acordaba demasiado de la muerte para que pudiera creersele feliz.»

¡Pobre hombre! En efecto; el Tato vivió nada más que veintiséis años, acordándose demasiado de la muerte (á todo se acostumbra uno); y aquel ser «sucio y andrajoso» murió, dejando en alhajas más de diez mil duros, treinta mil en papel del Estado, y una casa en el barrio de San Bernardo, calle Ancha, frente á la parroquia, valuada en ocho mil. Total: un millón de reales, en números redondos.

¡Vamos, que reunir cincuenta mil pesos, más bien más que menos, en veintiséis años transcurridos entre el recuerdo de la muerte y las «visualidades sanguinolentas» de un Matadero, donde «de los muros y del techo colgaban á su vez acerados garfios, truncados algunos, otros limpios y relucientes, como si la res, al ser sacrificada, hubiera tenido la coquetería de abriantar el gancho con su propio dogal», tiene más mérito que los mejores volapiés del pobre Tato!...

Elegante hasta el afeminamiento, rumboso hasta el despilfarro, mujeriego como un Lovelace de pelo trenzado y calañés, y preciado como pocos de su físico, Antonio Sánchez disfrutó de una vida torera corta pero aprovechada, brillante y fructuosa por todos conceptos.

Tenia gancho; era en realidad modesto y digno en la Plaza, y se hacía querer; por lo cual, ciertas ingratitudes con Cúchares, ciertas pequeñeces, cuyo fundamento se achacó á intrigas de un entonces célebre banderillero que vive aún, pasaron inadvertidas, y no trajeron al Tato consecuencias desagradables.

Casado con Salud Arjona y Reyes, hija del Curro, mujer buenísima y sumamente hacendosa, la desgracia del torero fué causa de la holgura material del hombre, merced á los cuidados de su compañera y al lucrativo empleo que el Tato desempeñó hasta su muerte, en el matadero de Sevilla.

El nombre de Antonio Sánchez no brillará, en suma, entre los primeros en las páginas de la historia del arte de torear; pero figurará dignamente en ellas como último é inolvidable representante del período de transición que preparó el advenimiento de Lagartijo y de Frascuelo.

¿Es poco? ¡Cuántas celebridades de hoy tendrán mañana que contentarse con menos!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Nuestro dibujo.

El acreditado lapiz del famoso artista Daniel Perea, ha dado una prueba más de su fecundidad y buen gusto en el dibujo que contiene el presente número. Todos los que nos hemos dedicado al estudio de las costumbres tauquinas, sabemos que á principios de siglo, y casi podríamos decir hasta que llegó su mitad, los toreros, sin más atavíos ni equipajes que las ropas de faena, iban de Plaza en Plaza, siquiera estuviesen tan distantes como las de Madrid y Sevilla; unas veces en galeras ó carruajitos, otras en mulas de paso y algunas á pie, haciendo jornadas cortas, porque no había otro medio de locomoción, hasta que se establecieron las diligencias y coches correos, allá por los años treinta y tantos. A pesar de las molestias de tales viajes, ¡qué vida traían tan alegre, tan variada, que marcaba en aquellos seres un tipo original, puro de españoles valientes, atrevidos, jaraneros y requebradores eternos de las mozas de mesón, de las niñas distingui-

das de todos los pueblos y de las señoronas de las capitales por donde transitaban en cuadrillas! ¡Qué cúmulo de atenciones les prodigaban en todas las villas y lugares, en todas las posadas y en todos los sitios en que se les veía con sus avios de lidiar, y qué entusiasmo causaban en la gente joven, especialmente las relaciones de las hazañas y heroicidades que con los toros habían verificado en las Plazas que acababan de abandonar! Era entonces el tipo del torero tan característico en España, que con ningún otro se confundía: estaba lejos del *manolo* y mucho más del gitano, aunque del primero tuviese el aire jacarandoso, y del segundo la vida nómada y errante; pero, aun viajando como los pinta Perea, sin trajes de lujo ni ostentación de ninguna clase, veíase en ellos altivez, *fachenda* y cierta seriedad no reñida con algo de cortesía para todo el mundo. Dice bien Pascual Millán: ese es de los tipos que fueron; y á fe que es lástima ir perdiendo poco á poco, y sin reemplazarlas con nada, esas figuras que la imaginación agranda, cuando hace comparaciones entre las fatigas y trabajos que aquellos hombres de hierro soportaban con alegría, andando cien leguas para torear una corrida, y las sibaríticas comodidades de los que ahora pueden trabajar nada menos que tres, en doce horas, salvando tanta ó mayor distancia que en lo antiguo.

TOROS EN MADRID

1.ª CORRIDA DE ABONO. — 21 DE ABRIL DE 1895.

Y vamos con la primera corrida de abono, que debiendo verificarse el lunes 15 del actual, la suspendió el empresario con un desahogo de que no hay ejemplo, fundándose en el mal tiempo y en las cuatro gotas que aquella mañana y la noche anterior habían caído.

Nosotros creemos que, con oportunidad y con tiempo para evitar perjuicio de tercero, es muy dueña la Empresa de suspender, cuando le venga en gana, las funciones anunciadas; los diestros, que son en primer término los perjudicados, tratarán de poner coto á estas genialidades; pero que descaradamente se pongan pretextos cuya falta de exactitud está á la vista de todo el mundo, ni puede hacerlo, ni debiera tolerarse por quien tiene facultades para ello.

Pero aquí todo pasa; siga pues la *juerga*, y vamos á reseñar la corrida.

A las cuatro en punto, y con un sol espléndido y una entrada bastante buena, hicieron el paseo las cuadrillas capitaneadas por Luis, Lagartijillo y Bonarillo, dándose á poco suelta al

1.º *Bilbaino*; cárdeno listón, buen mozo, escurrido de carnes y astillado del derecho.

Tomó ocho varas, propinó dos caídas y mató dos caballos. Pasa á banderillas incierto y defendiéndose, y Regaterillo, tras dos salidas falsas, clava dos pares cuarteando, aceptables, y Galea pone dos medios al relance y de sobaquillo.

Mazzantini, de negro y oro, después de una faena mediana, da una corta echándose fuera, y una estocada arrancando, pescuecera y perpendicular; el puntillero, después de levantarlo una vez, le remata. (Pitos y palmas.)

2.º *Berengeno*; negro bragao, meleno, más pequeño pero de más carnes que el anterior. Cumple en el primer tercio tomando siete varas por cuatro caídas y un caballo.

Entre Maguel y Taravilla ponen cuatro pares, uno bueno del segundo; pasa á manos de Lagartijillo, que vestía traje lila y oro, y después de una faena regular, con algunas coladas, propina á la res un buen pinchazo y una estocada en lo alto á volapié; actúa el punti lero, y acierta á la primera. (Palmas.)

3.º *Loco*; cárdeno bragao, flaco y con buenas armas. Salúdale Bonarillo con cinco verónicas en dos series, dos de ellas buenas. Pepe el Largo y el Chato animan el primer tercio, poniendo con mucha voluntad nueve varas, á cambio de dos caídas y pérdida de dos caballos. El toro voluntario y algo topón. Lobito y Antolín le clavan tres pares, siendo bueno uno del primero.

Bonarillo, de azul y oro, empieza su faena con un cambio, y después de un trasteo sin parar, entra á matar cuarteando, dejando una estocada tendida, atravesada y trasera. El puntillero á la primera. (Palmas.)

4.º *Pajarraco*; cárdeno chorreado, grande y vuelto de cuerno. Toma de los piqueros de tanda siete varas, dándole tres caídas y matando un caballo. El Chato escucha muchos aplausos por dos varas superiores.

Con solo dos pares muy aceptables de Tomás y de Juan, llega al último tercio, con algunas tendencias á la huida.

Mazzantini consigue deslucirse con una faena desconfiada y prudente en exceso, en la que intercaló una honda, saliendo el diestro por pies y tomando el olivo; media estocada ida tirándose de lejos, un pinchazo delantero y una hasta el puño, descolgada, terminando con un descabello á pulso, á la primera. (Pitos.)

5.º *Lobito*; negro listón, bragao y abierto de defensas. Después de tomar con voluntad cinco varas, en una de las cuales Melilla deja clavado un trozo de vara en el costillar, pasa al segundo tercio, y sin dar tiempo más que para clavarle un par, se echa, por efecto del garrochazo, y lo remata el puntillero. (Grita y botellazos al picador.)

6.º *Contador*; castaño, albardao: con gran voluntad toma ocho varas, propina tres caídas y mata dos caballos.

Lobito y Sevillano clavan tres pares de banderillas, buenos, y Bonarillo trastea con medios pares á la res, que estaba entablada; entra á matar y da una estocada caída, saliendo desarmado; descabella á la primera.

RESUMEN

Los toros del Sr. D. Eduardo Miura, si no han cumplido con sus antecedentes en punto á bravura y poder, en general han sido voluntarios para el primer tercio, y no han presentado para los otros dos aquellas condiciones que les son tan peculiares, y que tan de cabeza han traído á los diestros casi siempre, cuando no han ocasionado desgracias que lamenta la afición.

Exceptuando los lidiados en primero y sexto lugar, han dejado llegar y han acudido á la muleta; culpa es de los diestros si no han conseguido lucirse y hacer agradable la corrida.

Cuanto á presentación, poco lució el estado de las reses

respecto á carnes, y bien como siempre de lámina y de defensas.

LOS PICADORES. — Hoy merecen lugar preferente en este resumen, Pepe el Largo y el Chato: ya vieron cómo el público premió con aplausos sus buenos deseos, y cómo, cuando quieren, animan el primer tercio de la lidia, hace tiempo ya desnaturalizado y en un abandono lamentable. Aquello fué entrar por derecho y reunirse, despidiendo á la res por las afueras, después de cargar la suerte, como se hacía

en otros para mí felices tiempos.

Mi enhorabuena para los dos piqueros, y que dure mucho para regocijo de los aficionados antiguos y modernos.

Mazzantini. — ¿Qué le pasaba á usted esta tarde? ¿Usted tan diligente casi siempre, ha estado apático en la brega y con pocos deseos de hacer valer su autoridad? ¿No comprendía usted que tanto capotazo á su primer toro, ya receloso é incierto, habían de ponerle cada vez en peor estado para ser toreado por usted con relativo desahogo? Pues, ¿por qué lo consintió?

Otros diestros, por escasez de facultades, necesitan que los peones se las quiten á la res; pero usted que no lo necesita, sólo consigue con esto que el bicho desparrame la vista y le haga más difícil su especial faena de muleta, que no es ciertamente apretada y de brazos.

La circunstancia de aprovechar la arrancada del animal, hiriendo á su primero, cuando otro se hubiera pasado, nos gustó y hay que aplaudirlo, porque demostró serenidad y dió por resultado no hacer pesada una brega ya de suyo poco lucida.

Algo de esta serenidad le hizo falta en su segundo; pues no vió que si el toro se presentaba un tanto manso á los comienzos de la pelea, fué transformándose y acabó por acudir noblemente donde le llamaban; usted sólo se hizo cargo, á mi entender, de lo primero, y se deslució por completo, escuchando las protestas del público, muy puestas en razón por cierto.

Abandonado también en la dirección y menos oportuno que otras veces en quites.

Lagartijillo. — A poco que se empeñe este joven diestro, podrá llegar á representar aquella escuela, llamémosla así, de toreo reposado que no tiene ya apenas representantes; hoy por hoy, digan lo que quieran sus parciales, faltanle cualidades que deben ir unidas al valor, conocimiento de las reses y soltura y agilidad en los movimientos, para que el trabajo resulte algo más artístico y no monótono y pesado, como le acontece en la actualidad.

Por inutilizarse el quinto toro, sólo hubo de entenderse las con el corrido en segundo lugar, y en la faena de muleta ni una vez dió en los pases la salida necesaria, no consiguiendo despegarse á la res que noblemente acudia al engaño, y si que se le colara alguna que otra vez, siempre por culpa suya.

Bien entrando á matar en los dos ocasiones que lo hizo, aconsejándole que evite hacerlo cuando el animal tiene la cabeza humillada, si quiere evitarse percances de consideración.

Bonarillo. — Este novel diestro si que es bullidor y precipitado; calma, joven, que no por mucho madrugar amanece más temprano.

Y vea usted si esto que le digo es cierto, que sin tener historia casi en el arte de torear, se ha colocado de pronto donde otros tardaron mucho tiempo en llegar; y me refiero á que ya tiene cartel para las corridas de abono de la primera Plaza de España; con que aproveche las circunstancias y las especiales cualidades que posee, para no defraudar esperanzas un tanto prematuras.

Sacrifique el adorno en los pases, atendiendo algo más á el ahornado de la cabeza de los toros, que ha de ser lo que el público inteligente le aplauda; menos cuarteo para la hora de matar, y fijese bien en el morrillo de las reses para colocar el estoque.

Ayer no fué esto lo que hizo; pero por ser la primera corrida, habremos de tolerárselo, contentándonos con señalarle el buen camino.

En algunas verónicas de las que dió y en quites, hay que aplaudirle.

El segundo tercio de la lidia pasó sin gloria, pero sin vilipendio para los encargados de ejecutarle; algunos pares de Taravilla, Tomás y Regaterillo, fueron de aplaudir.

La Presidencia tardeando y blanda en demasía, al consentir que Melilla se retirase por las protestas del público.

UN RESERVA.

NOTICIAS

Nuestro compañero Don Cándido, nos adelanta algunas noticias de las corridas verificadas en Sevilla; hasta el número próximo, en el que hará un resumen de todas las corridas de feria. En la primera, verificada el domingo 14, se lidiaron toros de D.ª Celsa Fontfrede, que resultaron finos y terciaditos, pero bien criados, no distinguiéndose ninguno por su bravura.

Guerra quedó bien en dos de los toros que le correspondieron, y se deslució un tanto en su primero.

Reverte, ayudado oportunamente por Rafael, despachó sus tres toros, quedando muy bien en su segundo, y bastante aceptable en su primero y tercero.

Segunda corrida. Con buena entrada se dió ésta, en la que se lidiaron reses de Miura, que hicieron buena faena. Faico, que tomó la alternativa, estuvo nada más que regular.

Reverte quedó bien en su primero y pesado en su segundo. Guerra, muy flojo en el tercero de la corrida, y superior en el cuarto, al que mató de una gran estocada.

Banderilleros al quinto Faico y Guerra: el primero puso un par bajo y luego un buen par de frente, y Guerrita puso dos pares de maestro, adornándose mucho. En quites, todos trabajadores.

Tercera corrida. Toros de Cámara, lidiados por Guerra, Reverte y Bombita.

Los toros no han hecho más que cumplir, y eso á medias. Guerra quedó bien en el primero y segundo; superior en el cuarto, y mediano en el quinto; éste tenía que matar.

Reverte, después de una faena bastante buena, se tira á matar, da un pinchazo, saliendo con un puntazo en la mano, que le impide seguir toreado. Bombita, muy deslucido.

Guerra, en quites, incansable.

Cuarta corrida. Los toros de Pablo Romero, buenos. Guerra, superior. Minuto, que sustituyó á Reverte, quedó regular. Bombita, nada más que mediano.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Teléfono 133.